

notas bibliográficas

teología y espiritualidad

"Riches et Pauvres Dans L'Eglise Ancienne". - Textes recueillis par A. HAMMAN. - Traduits par France Quéré-Jaumes et les Bénédictines de Caluire et Cuire. - Collection "Lettres Chrétiennes", N° 6. Editions Bernard Grasset. Paris, 1962. 318 págs.

El clima de renovación que el Concilio Vaticano II ha suscitado en la Iglesia universal, encuentra su más sólido apoyo en la reflexión sobre las fuentes. Los Santos Padres, griegos y latinos, son de ella privilegiados testigos. De allí la actualidad de este libro, fruto de un amplio y serio trabajo de colaboración.

Se ha dicho con acierto de esta obra, que constituye la documentación esencial de la justicia y de la caridad cristiana, proclamada por Clemente Alexandrino, Basilio Magno, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Niza, el más brillante abogado de los pobres San Juan Crisóstomo y, en Occidente, San Ambrosio de Milán y San Agustín de Hipona: la auténtica tradición del cristianismo presentada no al modo de una antología de trozos aislados de su contexto, sino en su integridad.

Para los Padres, los deberes de los ricos no se reducen al desprendimiento del corazón y la generosidad de las limosnas. Según ellos, los bienes de este mundo pertenecen de derecho a todos y la limosna es un deber de estricta justicia, puesto que es el acto por el que el rico adjudica al pobre lo que le corresponde de sus propios bienes. Los Padres rechazaban toda concepción del derecho de propiedad que no se concillie con la comunidad de bienes pero afirman simultáneamente la existencia de una forma de propiedad legítima y necesaria que no atentó contra esa comunidad.

La moderada riqueza es favorable a la virtud y a la caridad, porque la naturaleza de los bienes de esta tierra es la de ser poseídos y la de socorrer. Los ricos deben devolver a Dios en la persona de sus prójimos las riquezas que Dios les ha dado: más que para sí, deben poseer para los otros. Para el rico, el tesoro en los cielos es la amistad del pobre ganada con sus bienes: no se puede afirmar con mayor claridad que hay una forma justa del derecho de propiedad.

Párrafo aparte merece el tema de la usura, el más cruel flagelo social de la antigüedad, a propósito del cual los Santos Padres desarrollan con frecuencia sus concepciones sociales, estigmatizándola sin consideraciones.

J. Luzzi

Lettre D'Aristée A Philocrate. Introduction, texte critique, traduction et notes, index complet des mots grecs par ANDRE PELLETIER, S. J. Collection "Sources Chrétiennes", N° 89. Série annexe de textes non-chrétiens. Editions du Cerf. Paris, 1962. 324 págs.

La colección que fundaran H. de Lubac y J. Daniélou, nos tiene ya acostumbrados a ediciones de primer valor. Esta vez se enriquece con la publicación de la que se ha dado en llamar "Epístola de Aristeo" y que A. Pelletier, siguiendo a Tramontano y L. H. Vicent, data a principios del siglo II antes de Cristo.

El autor de la pretendida carta se atribuye el nombre de Aristeo y quiere hacerse pasar por griego adorador de Zeus (16. pág. 111). Pero es en realidad un ju-

dio alejandrino (pág. 56) que reunió artificialmente diversos documentos organizándolos en una obra de propaganda político-religiosa a favor de los judíos (pág. 54s.). Su intención es acreditar la traducción griega del Antiguo Testamento conocida como "versión de los Setenta". Para lograr su objetivo nuestro pseudo-Aristeo presenta la conocida leyenda de cómo fuera traducido el Pentateuco: Inducido por su bibliotecario Demetrio y deseoso de enriquecer la biblioteca del Museo, el rey Ptolomeo habría escrito al sumo sacerdote Eleazar pidiéndole los Libros de la Ley y el envío de buenos traductores. Eleazar habría escogido 72 ancianos (seis por tribu) bien versados en la Ley y en la cultura griega, quienes en 72 días habrían concluido su trabajo, realizado con todas las garantías necesarias. La leyenda se fue ampliando y tomando cuerpo en la antigüedad, tanto que los santos Padres le dieron crédito y debido a ello creyeron inspirada la traducción de los Setenta. Recordemos al pasar que la problemática de la inspiración de los LXX —admitida casi unánimemente por la tradición cristiana y rechazada tan sólo a partir del Renacimiento—, ha sido recientemente reactualizada por los teólogos, por supuesto no ya sobre la base de la mentada leyenda (la *Revue Biblique*, tomo 59 (1952), págs. problème de l'inspiration des Septante, en la *Revue Biblique*, tomo 59 (1952), págs. 321-336).

La edición crítica del texto, que hoy presentamos, es superior a las de Wendland, Thackeray y Tramontano, colacionando el ms. Serapiensis 8 de Constantinopla, prácticamente inaccesible hasta ahora, y completando la clasificación de manuscritos de Thackeray señalando en cada serie cronológica la dependencia relativa de los diversos manuscritos. La traducción francesa paralela, brilla por su precisión y nitidez. Una erudita introducción del P. A. Pelletier aborda sucesivamente la tradición manuscrita del texto, sus ediciones y traducciones; autor, fecha, lenguaje y estilo; el medio en que escribió: Alejandría (el Museo, la Biblioteca, los judíos); deteniéndose por último especialmente en la evolución de la leyenda entre los griegos y los latinos, los orientales y la tradición rabínica. El aparato de lectura está completado por abundantes notas críticas y buena bibliografía. El índice de palabras importantes y de nombres propios es, con sus casi 60 apretadas páginas a dos columnas, prácticamente exhaustivo.

J. Luzzi

KARL RAHNER, S. J. — "Angustia y Salvación". — Biblioteca de Cuestiones Actuales. — Editorial Razón y Fe S. A. — Madrid, 1962. — 156 págs.

El título nos anuncia un tema de palpitante actualidad. Y el P. Rahner —autoridad bien conocida en el campo teológico— aborda el mismo en forma sincera y con honda visión.

¿Dónde encontrar una luz que ilumine la enigmática existencia humana? Hoy más que nunca se ha convertido esta existencia en un problema. Se ha identificado con la angustia. Se ensayaron medios innumerables de solución. Todos fracasaron. Y como vía de escape el hombre ha vuelto la espalda a Dios.

Sin embargo, hay un clima en el que es posible ventilar este problema: la oración. Porque vivirlo y resolverlo es orar. Y sobre ello nos invita a reflexionar el autor en esta obra.

El primer paso será un abrirse del corazón del hombre a su Dios. Advertir que Él está allí y comenzar a hablarle, ya que sólo ese es el secreto de la apertura de corazón: orar. Será luego el Espíritu vivificador, el Espíritu de Dios, que ora en nosotros y con nosotros, quien vendrá en nuestra ayuda. Así, la plenitud de la oración será el amor, amor que nos moverá a suplicar: "Dame que yo me deje amar de Ti; porque aún esto es don tuyo". La oración diaria: orar cada día y orar el cada día, para que los pobres y transitorios instantes de nuestra vida des- emboquen en la vida única. Una nueva luz recibe el misterio de la oración de súplica. La oración de consagración, de esa consagración por amor de Dios que es el momento de integración total de nuestra vida. La oración de culpa que aviva nuestra conciencia, haciéndonos repetir: "compadécete de mí, que soy hombre pecador". Y finalmente la oración de la decisión, la de las grandes respuestas a Dios, la decisión del tiempo presente, la decisión de la muerte.

Ocho capítulos breves, pero de profundo contenido. El autor nos introduce paso a paso en el misterio de la oración. Y ahondando este misterio, encontrará el hombre respuesta a los interrogantes que se agiten en su interior, y solución a su angustia por el único camino posible: el de la fe.

Liliana Ojeda.

ANGEL DE ARIN ORMAZABAL, S. J. — "Problemática de la fe en el mundo actual". — Biblioteca de Cuestiones Actuales. — Editorial Razón y Fe S. A. — Madrid, 1962. — 175 págs.

Mucho y muy a menudo se habla hoy de los males que aquejan al mundo actual. Se habla acerca de la justicia social, de la moralidad o inmoralidad de las costumbres, de la caridad o del odio; se predica sobre un sinfín de virtudes y también de defectos. Pero en menor medida o muy poco se habla sobre la fe. Y allí es donde está la crisis.

¿Es posible llegar a no creer? ¿Es verdad que el avance de la ciencia nos aparta de la fe? ¿Qué papel juega la técnica en el campo religioso? ¿Cuál es la posición del mundo actual ante los distintos valores divinos, ante el pecado, ante Cristo? ¿Qué validez tienen las objeciones tan conocidas contra la vida religiosa, contra la inactividad y supuesta inactualidad de las órdenes contemplativas?

Tal es, en síntesis, el temario desarrollado en este volumen de la Biblioteca de Cuestiones Actuales. Uno de sus capítulos merece en justicia un comentario especial: el que el autor dedica a los hallazgos del Mar Muerto. Con pleno conocimiento de la más reciente bibliografía, nos habla de los manuscritos de Qumram y Maraba'ab. Basándose en datos arqueológicos e históricos, señala la importancia de estos descubrimientos que han contribuido a resolver problemas para los cuales la exégesis no encontraba solución.

El P. de Arin Ormazabal ha hecho un estudio profundo de la problemática de la fe. Trata el tema con lenguaje claro y presenta al cristiano el remedio que puede curar la grave enfermedad que padece nuestro mundo de hoy.

Un ir a la raíz de las cosas para corregir lo que, una vez corregido, puede transformar todo lo demás. Un gran remedio para grandes males: la fe, la esperanza y el amor, que todo lo vivifican.

Liliana Ojeda

CORREAS HILARIO A. — "Oremos mejor". — Club de Lectores. — Buenos Aires, Argentina. — 1963. — 53 pp.

Acaba de editar el Club de Lectores este pequeño libro, que por las similitudes formales con "Hacerlo mejor", de Mariano N. Castex, aparecido el año pasado, nos hace pensar en una colección

destinada a alumnos secundarios. Aquél era unas "sugerencias para aprovechar en los estudios". Este es un esfuerzo para que "al terminar de leer estas páginas" te pongas "siempre, todos los días, aunque solo sea durante un rato, conscientemente en contacto con Dios" (p. 10).

Con acabada claridad, adaptación y sencillez, el autor recorre los tópicos necesarios en esta materia, refiriéndose a la necesidad, fundamento, esencia y tipos de oración. Son especialmente acertados los "consejos prácticos" de las páginas 41-44; y el examen de la oración propuesto en las páginas 49-50. Nos parece, en cambio, un poco confusivo, el capítulo VII, donde se tratan conjuntamente tipos de oración diferenciados según su estructura (contemplación, meditación, lectura meditativa, aspiración); con tipos de oración diferenciados según su contenido o "espíritu": oración de afirmación, de posibilidades, de vocación. Molesta un tanto la impresión de dibujitos sobre el texto (p. 43), que dificultan la lectura; y resulta ambiguo el sentido de otros, vgr.: páginas 37, 42 y 46.

A despecho de tales detalles, el conjunto es excelente para inducir a los muchachos a tomar una posición personal de relación con el Dios Vivo. El suponer esa actitud de oración desde el comienzo, como algo casi connatural, promueve un ambiente de optimismo frente al problema. Solamente se trata de poner un poco de orden y mejoría en algo que ya se hace, y se hace bien. Tal vez pudo aprovecharse el cap. II para insistir en la necesidad de la vida de oración con argumentos más desarrollados, adecuados para aquellos que faltos de un cultivo interior se han acostumbrado a vivir sin "respirar".

Deseamos al libro una rápida y extensa difusión. Puede llenar un sitio vacío en lengua española, o casi vacío. Puede abrir muchas almas jóvenes al único diálogo imprescindible. Y sugerimos al autor complete su obra con un tratadito sobre los progresos y dificultades que se presentan al que emprende el camino.

Horacio Simian.

MANUEL DE SANTA CRUZ. — "Más allá de la deontología médica". — Ed. FAX. — Madrid.

Se trata del libro de un médico, concreción de su experiencia profesional. Precisamente quiere compartir los resultados de un peritaje hecho a su propia profesión, buscándole irradiación y riqueza de

posibilidades apostólicas. Claro, no debe tocar este libro quien tema recibir lesiones en su propia conciencia de médico, porque leyéndolo descubriría muchas sugerencias y podría "caer en la cuenta" de muchos gestos para realizar y sembrar... Nos dice el autor: "Hasta a mí llegó la propaganda de la santificación en el ejercicio profesional... Esta idea fue creciendo en mí... Empecé a observar de manera sistemática, qué cosas de mi tarea diaria podrían dar ocasión a acciones apostólicas...". En el acercarse hacia el enfermo, en el trato con él y sus familiares, en las relaciones médico-Socie-

dad; el partido que se puede sacar apostólicamente hasta del cliente que insinúa una eutanasia o un aborto; mil detalles para "caer en la cuenta".

Unas veces es una escena, otras es una anécdota, otras son unas agudas reflexiones. El libro rebosa realidad.

Es tonificante encontrarse con una conciencia profesional así, plenamente desarrollada; uno queda salpicado de estímulos. Buen libro para una lectura agradable y fecunda; buen obsequio para un profesional o estudiante capaz de sintonizar y echar fruto.

E. H. Costantino.

sociología

ROBERTO RISSO PATRON. — "El Agro y la Cooperación Internacional". — Ediciones Arayú. — Buenos Aires, 1963. — 140 p.

Las páginas que comentamos constituyen sin lugar a dudas un intento de defensa de la política seguida por el Presidente Frondizi, y en especial quieren ser una apología de la obra realizada por CAFADE, cuyo director fue durante tres años el autor.

El primer capítulo, unas 20 páginas, trata de situar en su verdadera dimensión el problema del campo argentino, planteándose la disyuntiva: "Reforma Agraria o Tecnificación". Sin duda que es acertada la posición del autor al afirmar que una mera subdivisión de la tierra sin tecnificación, no contribuiría a mejorar la situación del agro argentino. Por eso era necesaria la acción de la Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico (CAFADÉ).

El resto del libro consiste precisamente en explicar la génesis de CAFADÉ y la enumeración de sus realizaciones, todo lo cual significa una autodefensa del autor. No estamos en desacuerdo sobre la importancia de la obra realizada por

CAFADÉ. Pero sí hemos de señalar las deficiencias sobre las cuales calla el autor. La primera y principal ha sido la inoperancia práctica de CAFADÉ para llegar a soluciones valederas. Es que CAFADÉ quiso situarse en lo puramente técnico y el problema del agro no es meramente técnico sino humano en primera línea. La segunda dificultad ha sido la excesiva dependencia de los directores del Punto IV, siendo así que el dinero era argentino, ya que una compra a Estados Unidos se había transformado en una deuda a largo plazo, 30 años, a un interés del cuatro por ciento anual. La tercera dificultad ha sido la mala fama creada a CAFADÉ, tal vez por esa inusitada dependencia, que convirtió a los funcionarios de CAFADÉ en sinónimo de la inoperancia e incumplimiento de la palabra empeñada.

Creemos que una entidad menos ligada a intereses partidarios o menos ligada al frigerismo, más libre de la servidumbre al país que concede el préstamo, con mayor sentido de responsabilidad ante la palabra empeñada, hubiese sido más beneficiosa al país y tal vez de ese modo hubiese podido perdurar.

Vicente Pellegrini, S. J.

JUAN OVIDIO ZAVALA. — "Desarrollo y Racionalización". — Edit. Arayú. — Buenos Aires, 1963. — 238 p.

A pesar del título, el autor solamente propone los detalles más salientes de la historia de los ferrocarriles argentinos y la lucha reciente del gobierno de Frondizi para lograr una reorganización de la red ferroviaria y una modernización del sistema.

Pero la complejidad de un tema en apariencia tan simple, le obliga a referirse a muchos otros aspectos conexos con el problema del transporte.

Defiende el gobierno "paralelo" del que se servía Frondizi y hace la defensa de los intentos de desarrollo económico por medio de una eficaz racionalización de las empresas del Estado y de toda la administración pública.

Como aparece claro en los libros aparecidos en esta colección, se trata de una autodefensa, al mismo tiempo que de una apología del Dr. Frondizi, por quien el autor muestra una gran admiración. De ahí que la objetividad del tema sea cuestionable.

Vicente Pellegrini, S. J.

JORGE LA PIRA. — "Las Grandes Líneas de la Sociología Cristiana". — Edic. Paulinas. — 1963. — 110 p.

La audacia de un hombre maduro en la acción, respaldada por una labor intelectual autenticada en la Verdad, son dos cualidades de J. L. P., que nos han incitado a leer esta obra. Esas dos notas paradoxales, o mejor, raras en un

hombre, nuestro autor ya ha probado tenerlas en sus 60 años de vida.

Los destinatarios de este libro los podemos deducir de la página 19: "La oración no basta; no basta tampoco la vida interior; es necesario que esta vida se abra en canales externos, destinados a permitirle circular por la ciudad humana". "Hay que transformar la sociedad".

Una vez que ha descripto esta actitud fundamental para el cristiano de hoy, se pregunta: ¿Cómo enfrentar las nuevas corrientes ideológicas y políticas de nuestros días? Analiza a tres autores de influencia especial en el mundo contemporáneo: Hegel, Rousseau, Marx. Los presenta, relaciona en apretada síntesis y provoca al lector a una nueva búsqueda.

El Liberalismo y el Colectivismo presentan una nota positiva; el primero ha analizado el aspecto individual del hombre y lo ha exaltado, el segundo ha hecho lo mismo con el aspecto social. Ambos, en su exageración, han descuidado al hombre como realmente es, lo han seccionado, lo han despersonalizado.

Persuadidos por la agudeza de la "praxis" de nuestro autor, nos dejamos conducir a su tercera parte. Aquí expone la "síntesis" medular de la dialéctica cristiana: la persona humana llega a plenificarse al desarrollar sus dos dinamismos, el individual y el social, según y en la persona de Cristo Nuestro Señor.

Una lectura pausada nos ubicará en los "entretelones" que motorizan los actuales movimientos sociales-políticos-económicos, y nos urgirá íntimamente a adquirir un puesto de avanzada en el panorama hodierno de nuestro país.

M. O. E.

filosofía

MICHELE FEDERICO SCIACCA. — "Muerte e inmortalidad". — Editorial Mirable. — Barcelona, 1962.

En la pesada implicancia de un juicio introductorio y nada innovador, decimos: si hay algo que se nos impone, es la definitiva secularización del pensamiento filosófico sobre la muerte, y por ende como antinomia o consecuencia, de la inmortalidad.

De ahí la justificación de la premisa del libro: "A los que me censuren por ocuparme de problemas "superados", desde ahora les contesto que prefiero ser la última energía espiritual sobreviviente de mi tiempo, que la más poderosa fuerza material; una bota de Don Quijote antes que un maravilloso cerebro electrónico...". Porque "la muerte es un acto de existencia y pertenece a la existencia misma de esta vida...". Y "la conciencia hace que para el hombre (y sólo para él) exista la muerte"; que siempre "es cósmica, sin contradicción, axiomática, perentoria...".

Son, pues, la vida y la muerte que nacen ambas el mismo día, incontrovertiblemente...

Hegel, Kierkegaard, Scheler, Jaspers, Heidegger, Camus, Unamuno, Sartre, subsumidos están en la personal visión de M. F. Sciacca de que la solución filosófica del problema de la muerte "envuelve de una manera intrínseca la instancia religiosa", "que la significación positiva del problema metafísico de la inmortalidad personal del espíritu, no es y no puede ser fin por sí mismo; remite a un arreglo ulterior y definitivo que no corresponde ni a la Filosofía ni al hombre".

Con el concepto "naturalista" de la muerte en la transposición "intelectualista" de Spinoza, el "neutralismo" romántico, y la dialéctica hegeliana, se inaugura la primera parte de la obra, plena de sugerencias y aciertos. Se le yuxtapone luego la muerte como problema filosófico, que finaliza en un enriquecedor análisis experiencial de "la muerte del otro".

La inmortalidad adviene en su pluralidad temática, profundizada en sus polifacéticos matices con verdadera originalidad.

El planteamiento del problema moral del suicidio, a través de la recuperación crítica de los argumentos de San Agustín y Santo Tomás, corroboran la agudeza a que nos tiene acostumbrados Sciacca. "Muerte e inmortalidad" marca un hito importante no sólo para el lineamiento del pensamiento "integral" del autor, sino para la literatura filosófica sobre el particular.

A. M. Opacak

ALBERTO CATURELLI. — "La Filosofía". — Edición del autor. — Córdoba, 1962. — 385 págs.

Lleva este libro una profunda dosis de generosidad didáctica. Es, al decir de su autor, una obra programática, cuya peculiaridad no radica en el objetivo de historiar la Filosofía exhaustivamente, sino en asentar en un plan temático su propia especulación latente, que es diálogo. Por lo mismo, adquiere singular perfil, a nuestro juicio, el hecho de ser abordado el siempre vigente problema de la docencia filosófica, por un hombre que nos testimonia no haber tenido "maestros en la universidad, sino "excelentes profesores". "El acto de enseñar", pluriificado en el "aprender a pensar": el intento de volver al pristino-riesgoso significado de lo didáctico, preludian este segundo volumen, trasuntando el Heideggeriano "lo gravísimo de nuestra época grave es que todavía no pensamos".

La Filosofía, para Caturelli, "como actividad del existente es nacida en el existente, IN-GENUA; siempre comprometida con la misma situación histórica del hombre y generada en esa misma situación. Por ello toda auténtica filosofía no es solamente original sino, por eso mismo, ingenua, en el sentido de nacida siempre de nuevo, como agonía por la Verdad total".

Es entonces la investigación meditada trampolín para el "contemplar". Y fueron y son entonces sus momentos:

El monismo del ser, Filosofía en oriente (a través de Jean Roger Riviére); objetividad del ser, Grecia y Roma; donatividad del ser, mundo medieval; posición

del ser por el pensar, edad moderna; de-natividad del ser en el hombre, pensamiento contemporáneo.

Tenemos, pues una obra de ponderables valores, especialmente vertidos en la enjundiosa problemática de nuestros días. Actualizada como pocas en nuestro medio, proporciona al estudiante indicación de fuentes, estableciéndole atinadamente la medida del trabajo intelectual.

Hay, sin embargo, un detalle pospuesto, y es el estilístico, entendiendo como tal el "encarnarse" de la Filosofía. Ex-

plicitamos nuestra frase del comienzo: en aras quizás de esa "profunda generosidad didáctica", algunos párrafos adolecen de falta de homogeneidad con el ámbito del contexto. Es decir, para equiparar la poesía conceptual que prepondera, era necesario obviar determinados giros de la sección introductoria. Concientes de la dificultad de los géneros literarios en Filosofía, y más aún por estar su autor abierto a las observaciones constructivas, apuntamos lo antedicho.

A. M. Opacak

literatura

GLORIA VIDELA. — "El Ultraismo. Estudios sobre movimientos poéticos de vanguardia en España". — Biblioteca Románica-Hispánica. — Edit. Gredos. — Madrid, 1963.

Entre los continuadores del movimiento modernista, y la generación de grandes poetas del 27 —García Lorca, Alberti— se abre un paréntesis en España, por no decir un vacío, en los estudios literarios. Faltaba un estudio detallado sobre esa confusa pirotecnia poética que se dio a sí misma el nombre de Ultraismo y estalló a un tiempo en España y América.

El estudio de Gloria Videla llega a echar luces sobre este período, enfrentándolo con claridad y un notable poder de síntesis. El material consultado —especialmente periódicos y revistas de la época, de muy difícil acceso, para no hablar del recogido oralmente por la autora de los protagonistas del mismo movimiento— confiere a la obra un mérito especial para la historia literaria.

El movimiento ultraísta, aparecido en 1918 en España, obedeció a un tiempo a una violenta reacción "antimodernista" y al individualismo irracionalista de la época, en consonancia con las demás corrientes europeas de vanguardia. En el clima enervante de postguerra, todas están de acuerdo en cantar al nuevo mundo deshumanizado con una nueva voz.

Se señalan como precursores del estallido ultraísta a Ramón Gómez de la Serna —que se anticipó en las metáforas humorísticas de sus "greguerías"— y a Juan Ramón Jiménez, en su preocupación por llegar a una nueva lírica depurada de las antiguallas modernistas.

Dos hechos son señalados por la autora como generadores inmediatos del Ultraismo. La llegada del poeta chileno Vicente Huidobro a Madrid —en 1918— proveniente de París, portador de las últimas tendencias estéticas, y fundador del "Creacionismo" en su manifiesto "Non serviam" (no serviré) destinado a la naturaleza y su estética de la imagen creada poéticamente y dotada de vida autónoma ("crear un poema como la naturaleza crea un árbol") informó en buena parte al movimiento naciente, pero sin agotar por completo los aspectos del Ultraismo.

El segundo hecho anotado —también en 1918— corresponde a un diálogo de café presidido por el futuro "patriarca" del movimiento, don Rafael Cansinos-Asséns. Declarando que el Modernismo estaba "viejo, viejo, viejo", Don Rafael incitó a los jóvenes poetas a renovarse. La tertulia resultó punto de origen del primer manifiesto ultraísta, aparecido en el otoño de ese mismo año.

También se refiere la autora a los manifiestos que le siguieron, en especial al "Manifiesto vertical" de Guillermo de Torre, donde se pretendió esbozar —sin éxito— un programa para el Ultra. Un año después —1921— Borges enunciaba en "Nosotros" de Buenos Aires los principios del Ultraismo, que tuvo así en la Argentina el programa teórico del que careció en España.

Los años ultraístas transcurren entre veladas y reuniones —escandalosas a veces—, frases provocativas impresas, gestos irreverentes, desplantes. Es el aparato exterior, la actitud frente al mundo. Las "fiestas del Ultra" son incomprensibles, y estos "éxitos de incomprensión"

—épater les bourgeois— son celebrados.

Muy pocos libros —"Imágenes" de Gerardo Diego; "Hélícos" de Guillermo de Torre—, y numerosas revistas y publicaciones periódicas son los cauces por los que el movimiento se da a conocer. "Gracia" y "Cervantes" son las principales; "Ultra" y las efímeras "Perseo" y "Reflector", etc. Son traducciones y colaboraciones, muchas de ellas sin un verdadero valor poético, las que van apareciendo.

También son analizadas las relaciones del Ultra con los otros movimientos europeos de vanguardia. Como bien se hace notar, no fue el Ultraísmo una escuela, sino "un movimiento superador de la lírica, un haz de direcciones renovadoras".

Ultra debe algo al Dadaísmo francés y al Futurismo Italiano de Marinetti —recuérdese la actitud iconoclasta y escandalosa de ambas tendencias—, al Cubismo —las varias sugerencias asociativas de las palabras—, al Expresionismo alemán —a través de Borges— y especialmente al "Creacionismo" de Huidobro.

Sin embargo, y aunque en esta feria de "ismos" de la poesía contemporánea pueda reconocerse el tronco común —Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé— es difícil determinar con precisión lo que cada una de estas escuelas debe a la otra. Hay rasgos comunes: la misma evasión de la realidad para crear un nuevo objeto, la búsqueda de la sugestión sonora y asociativa de la palabra, la supresión de la anécdota, el tema, la rima. Se exalta a la civilización occidental, al maquinismo y la velocidad, al espíritu cosmopolita. El arte se quiere intrascendente, juego, burla a veces. Subjetivismo, irracionalismo, oscuridad, hermetismo. Impopularidad como respuesta.

El Ultraísmo cultivó también los efectos visuales de la poesía, juegos tipográficos del tipo de los "calligrammes" de Apollinaire. La relación con las artes plásticas —con los artistas— fue personal y estrecha. Un mismo espíritu se había enseñoreado del arte de postguerra.

La autora trata individualmente a los poetas del movimiento, en el cual militaron pocos poetas grandes, pero se dieron buenos momentos poéticos en muchos otros. Gerardo Diego y Vicente Huidobro representan la vertiente "Creacionista". Juan Larrea, Guillermo de Torres, Pedro Garfías, Jorge Luis Borges, son también considerados como poetas ultraístas. La estadía de Borges en España resultó —nos dice la autora— decisiva para la evolución posterior de la poesía Argentina. Y también desfilan brevemente Eugenio Montes Adriano del Valle, Rivas Paneda, Lasso de la Vega, Vando-Villar, etc.

En 1922, como bloque de conjunto, el Ultraísmo había dejado de existir. A la hora del balance final, ha logrado sus objetivos y ha fracasado. Ha roto netamente con la generación anterior, tal como se lo proponía, pero no ha creado una gran poesía. Destruyó las formas clásicas, pero no quiso aprovechar las adquisiciones definitivas de la poesía tradicional de todos los tiempos. Y en realidad, no pudo sustituirlas con esa orgía de imágenes y metáforas en que concentró sus mejores energías. "Poetas de sonajero", les llamó Azorín, y la crítica literaria posterior fue reticente y desdeñosa en sus escasas consideraciones del movimiento.

Pero abrió caminos. En palabras de la autora, "fue una etapa, cambió rumbos, creó una atmósfera y sobrevino, de alguna manera, en la obra de los grandes poetas de la generación siguiente". En esa búsqueda de nuevas formas y nuevos modos de expresión cumplió su lema, el "ultra". En muchos rasgos de la gran poesía posterior —García Lorca, Alberti, Aleixandre— habría que buscar —tema para un nuevo estudio— la huella precursora del Ultraísmo.

Acompaña a la obra —que se agrega como aporte valioso a los muchos valores de la Biblioteca Románica-Hispánica de Gredos— además de una buena bibliografía de libros y artículos de revistas y periódicos de la época, un largo apéndice de documentos que a veces, por la dificultad tipográfica de los poemas y documentos ultraístas, son copias fotografiadas).

Raúl Jorge Artigas, S. J.

AURELIO MIRO QUESADA. — "El primer virrey-poeta en América (Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros)". — Biblioteca Románica-Hispánica. — Edit Gredos. — Madrid, 1962. — 274 pp.

Una figura prácticamente desconocida en el historial de la literatura hispano-americana es presentada por este estudio de Miró Quesada en su marco histórico y cultural. Se trata de Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, décimo Virrey de la Nueva España y undécimo Virrey del Perú.

Perteneciente a la muy ilustre y poderosa entonces familia de los Mendoza, Don Juan gobernó sucesivamente a principios del Siglo XVII sobre los dos antiguos imperios americanos —ya convertidos en los más ricos dominios del rey de España— sin que sus graves respon-

sabilidades de gobernante le impidieran incursionar en el terreno de la poesía. Se trataba, en palabras del crítico peruano José Gálvez, de "un prosador elegante y poeta sutil, hombre de buen ingenio, buen gobernador, y a la vez espíritu contemplativo con sensibilidad ante el paisaje y amor al recogimiento". A acentuar los perfiles literarios de este primer virrey-poeta y dar a luz sus obras poéticas publicadas o inéditas está dedicado este trabajo.

La figura de Montesclaros fue elogiada por Herrera, y el mismo Lope de Vega, al rendir su homenaje a varios príncipes que escribían versos "con tal gracia, primor, erudición y puro estilo... como jamás, en ningún siglo ha conocido España", le incluye entre los homenajeados.

Son analizadas en la obra sus relaciones con poetas coetáneos y prosistas, especialmente limeños, así como sus contactos con la Universidad de San Marcos, todo ello con abundante copia de información documentada. Y también se destaca la actuación del Marqués ante el arte teatral, entonces floreciente en la capital del Perú. Teatro religioso, corrales y comediantes, inmoralidad y orden público fueron blanco de la atención del virrey durante sus ocho años de gobierno.

Termina el estudio con la muerte de Montesclaros, ya de vuelta a la corte de Madrid, donde se desempeñó como Consejero de Estado. En homenaje póstumo y como testimonio del aprecio que le merecía, Lope de Vega acudió a visitar el cuerpo de su amigo el marqués.

En frase del autor, a Montesclaros se debió, sobre todo en el Perú, "un impulso robusto y juvenil que contribuyó, sin duda alguna, a vigorizar la poesía, la crónica, la jurisprudencia, la lingüística, la cátedra universitaria, la comedia, el grabado. Su destino parece haber sido, en primer término, el de despertar y animar vocaciones".

Lo cual justifica sin duda, y da valor como aporte a nuestra historia literaria americana, a un estudio que vuelve a echar luz sobre una figura que estaba desapareciendo en el olvido.

Raúl J. Artigas S. J.

OSVALDO GUEVARA. — "La Sangre en Armas". — Ediciones "La Calle". — Córdoba, 1963. — 58 págs.

Con "La Sangre en Armas", vibrante título que promete revelaciones plenamente cumplidas luego, Osvaldo Guevara

obtuvo la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Y en verdad, las imágenes que surcan su quehacer, poblado de bríos pujanzas, que enfloran directamente al ánimo del lector, como dotadas de independencia expresiva, son un llamado a las más íntimas fibras de la humanidad, esas en las que anida el hombre-arquetipo, tan estudiado por los científicos, pero al que sólo tiene acceso la emoción del artista.

Las imágenes de este poemario están provistas de movimiento, como conviene a su naturaleza directamente comunicativa, al tono y la intención señaladora del autor, nutridas de síntesis verbales. En medio de ellas hay formas que abarcan el sentimiento poético, por señalación de extremos, entre los cuales avanza la pasión humana. "Era un otoño. Ahora es primavera", es una buena forma de lograr y de recibir esa íntima vitalidad, no exenta de melancolía, que caracteriza a la poesía de Guevara.

En otras instancias de la misma se advierte el tono elegíaco, refractado en vocablos y formas: como el "aceite del verano", la "luz de hierro", o el "vidrio en las alas", cuya resonancia crea imágenes de señalada vocación angélica, a la que tan afecta es siempre la poesía argentina de nuestro siglo.

Osvaldo Guevara consigue formular un canto bucólico, en el que la presencia continua del hombre en su dimensión actuante, plena de humanidad, justifica y vitaliza el título del poemario y el sentimiento del poeta, ya de por sí generosamente dichos. El campesino con su herramienta, el vino que ilumina como un sol, y la llanura, escenario de vida, son términos felices de esa alta empresa. Osvaldo Guevara es un poeta. Si a veces —como en "Madrugal Bárbaro"— cruza por sus versos cierta ironía punzante, ella no es sino revitalización de una ternura que también adopta formas de coraje viril. Y el poemario resulta, así, un grito verdadero, como de sangre caliente.

Alberto Blasi Brambilla

LUIS RICARDO FURLAN. — "Deslinde del Tiempo y el Angel". — Francisco A. Colombo. — Buenos Aires, 1963. — 104 págs.

Luis Ricardo Furlan, hondo poeta de itinerario denso y conocido, nos presenta ahora "Deslinde del Tiempo y el Angel", bajo los auspicios del Fondo Nacional de las Artes, según expresión del jurado que

integraron Fryda Schultz de Mantovani, Bernardo Ezequiel Korembliit y Angel Mazzei. Posiblemente sea éste el resumen de su experiencia literaria, pues en este poemario se alberga una cuidadosa instancia de nuevos moldes expresivos, dados en un vocabulario que pareciera ser la síntesis del itinerario creativo del autor.

Furlan incorpora a su modo de operar poético la forma de los contrarios, tan rica en sugerencias como en amplias posibilidades. El "encanto desencantado", es buena ejemplificación. Contrarios que se resuelven a veces en igualdades — "ya no tendrá el rocío su rocío", "ya no dará el rosal la rosa rosa", dice en su "Adiós a Juan Ramón" — como si Furlan advirtiese terminantemente que el hecho y el vocabulario poéticos constituyen una irrenunciable unidad, porque su destino es el de ser nombrador de las cosas. Aún las circunstancias adjetivas con que emprende su sendero — "alba marina en marinero día", dice en la oda de la página 83 — nos introducen en la intención del poeta de brindar sentencias que proyecten su vivencialidad en la del espectador de sus sonetos y otros poemas.

Pero esa condición — demostrativa por cierto de su sensibilidad contemporánea — se continúa aquí y allá con figuras cuya dicción alcanza a planos simbólicos. "Cavar los pozos de la espera"; el viento-ogro que resuena como aldabonazos sobre la puerta de la casa, son, entre otras, imágenes e imaginaciones necesarias en una poética que se desarrolla — como el mismo Furlan lo dice — en "tiempo de elegía", o en "un país donde siempre llueve".

"Desde del Tiempo y el Angel" se lee con fruición estética; lo que es decirlo todo de la obra de arte. Pero también con provechosa revelación para quien busca, en la poesía, síntesis vital.

Alberbto Blas Brambilla

ELIZABETH AZCONA CRANWELL. — "Los riesgos y el vacío". — Tapa e ilustración de Martha Grimberg. — Editado en la Casa de D. Francisco Colombo. — Buenos Aires.

Cada libro de poemas es un testimonio, y como tal, un expositor de sentimientos que en otros quehaceres, la novela o el cuento, se encuentran rastreando situaciones. Este poemario de Azcona Cranwell, revelador en cuanto a sus dedicatorias: Carson McCullers, Dylan Thomas, Katherine Mansfield, Antonin Artaud y aún Georges Braque, viaje en versos por lo intimista, lo nostálgico, tiene en sí los atisbos a lo, marginal, el sólo aparente

disloque, la fuga hacia las formas de una poesía inconformista.

La soledad le hace sentirse por momentos negada a una entrega:

"Una presencia amiga me tiende su
[contorno luminoso
desconoce las dudas, aquel miedo
[lejano, el alto péndulo
del corazón.

Ignora que el peligro me ha sitiado
[los ojos para siempre"

Pero de esa caída pesimista renace:

"Toma mi inútil corazón;
he esperado que el tiempo me alum-
[brara el insomnio
anduve mucho "espacio repitiendo los
[gestos del amor".

Indudablemente "Los riesgos y el vacío" en lo temático es un reencuentro continuo, una difícil esperanza nunca vencida.

Difícil también su búsqueda de Dios:

"Si Dios se aproximara,
si su nombre fuera un dulce calor
[que acariciara el mundo,]
el tiempo se hundiría en cada ins-
[tante
hasta que una luz viva como el mar
descendiera a los días".

Para agregar más adelante:

"desde una gran ausencia Dios nos
[mira".

Todo esto, su soledad, la búsqueda del amor, su indefinición de Dios, la hacen extranjera en un territorio en el que los demás aparentemente están ubicados. Tal vez sea este un libro imperfecto, tampoco es una voz original ni descubre nuevos y resplandecientes caminos; lo que sí, es un libro hecho con dolor, con sinceridad, con búsquedas.

Hermosa la impresión; de dudoso gusto la tapa de M. Grimberg.

René Daniel Uset

MORRIS L. WEST. — "Los zapatos del pescador" ("The shoes of the Fisherman"). — Edic. inglesa de Morrow, 1963.

Durante estas semanas, la obra que más se está leyendo en los Estados Unidos es una novela del autor católico Morris L. West, y titulada "Los zapatos del Pescador", editada en inglés por Morrow, y que sin duda muy pronto será vertida al castellano.

Su argumento, es como sigue.

Estamos en un momento del futuro.

La sede de San Pedro está vacante; los cardenales se reúnen de todos los ángulos de la tierra para elegir un nuevo Papa, con el pensamiento de que se necesita un pontífice en contacto con el pueblo, que sienta compasión por él y que a la vez haga sentir la presencia y la actuación de la Iglesia. Se propone, dentro de esta perspectiva, que sea elegido el Cardenal Cirilo Lakota, ucraniano, de cincuenta años, barbudo, que ha pasado 17 años en las prisiones soviéticas, lo que ha dejado en él marcas físicas y espirituales. Efectivamente, es elegido por aclamación. Conserva su nombre de pila y se llama el Papa Cirilo I.

Como se había esperado, el nuevo Papa responde a los deseos y necesidades de la época. Comienza a oír confesiones en la basílica de San Pedro; se echa fuera del Vaticano por las noches, vestido de un simple traje negro, por las calles, hablando con el pueblo pobre. En una de estas salidas, asiste a un moribundo y visita la casa de una joven viuda, Ruth Lewin, convertida del judaísmo pero que ha caído en una apatía cercana a la desesperación.

Quiere también el Papa que la Iglesia vaya adelante, enfrentándose con el reto de la ciencia. Le gustaría que la religión pusiera en uso los descubrimientos y exploraciones de la siquiatría, porque, como dice: "El alma humana es el terreno donde se encuentran Dios y el hombre".

Además, trata de tomar la iniciativa de llevar al mundo hacia la paz. Los Estados Unidos y Rusia, armados nuclearmente, se miran el uno al otro con temerosa reserva. El Papa Cirilo conoce bien al jefe del mundo comunista, un llamado Kamenev, porque éste fue su interrogador durante los procesos y había arreglado luego las cosas para su libertad. Cirilo se propone visitarlo y agenciar negociaciones entre la URSS y Norteamérica.

En todos estos propósitos, el pontífice se siente cercado e impedido por las personas ancianas que lo rodean. Son conservadores y cautos, opuestos a las innovaciones, temerosos de pasos audaces y acentúan más la magistratura que la maternidad de la Iglesia. El Papa suspira por un hombre de visión y de genio que sea colaborador suyo.

Cree encontrarlo en el jesuita Juan Telemundo, que, después de un apartamiento de veinte años silenciosos, es devuelto a Roma por su general. Ha empleado el tiempo en el Lejano Oriente, prosiguiendo sus investigaciones paleontológicas. (Se ve la alusión al P. Teilhard de Chardin en

todo esto). Trata de concordar la creación con las enseñanzas científicas y es mirado con sospecha por las autoridades eclesásticas, mientras Cirilo lo ve con simpatía por estar de acuerdo con sus intenciones. A su llegada a Roma, Telemundo pronuncia una conferencia en la Universidad Gregoriana en presencia del mismo Papa. Mientras unos la reciben con entusiasmo (entre ellos Cirilo), otros se oponen obstinadamente a lo que consideran una falta de ortodoxia. Telemundo pasa con el Papa unos días en Castel Gandolfo, conversando ambos diariamente y creciendo la admiración del Pontífice por aquél. Lo alienta a terminar un libro en que ha estado trabajando y a presentarlo para su juicio al Santo Oficio.

El punto culminante de la novela llega con la comunicación al Papa de la decisión adversa del Santo Oficio, que encuentra "ambigüedades y aun graves errores en temas teológicos y filosóficos". El Papa queda amargamente decepcionado, pero cede a la decisión. Tras una terrible lucha, Telemundo se somete, pero muere de un ataque al corazón. El Papa queda desolado; y este fracaso se une a otros, como el de las discusiones por la paz, que no marchan bien.

Pero tras una noche de angustia y autocrítica, Cirilo sale a la serenidad. Ve que había esperado demasiado y demasiado pronto; que había mucho orgullo en sus acciones; también mucha debilidad que no había admitido; y que debe aprenderse mucho de los eclesiásticos a quienes había considerado como meros obstruccionistas; que la fuerza del amor no puede realizar sus maravillas si está manchada de amor propio, y que el progreso solamente es posible a un paso más paciente.

¿Qué juicio literario debe merecer esta obra? Al decir de un crítico, que la examina en el semanario americano "Dur Sunday Visitor" (2 de junio de 1963), hay demasiada retórica y escasa penetración. Es verdad que el autor ha tocado los grandes temas presentes de la Iglesia, pero no de una manera concreta y significativa. En general, se le acusa de falta de vida en los personajes. Son caracteres títeres al servicio de su creador. No hay sustancia sólida ni fuerza vibrante.

A pesar de todo ello, los lectores americanos siguen devorando el libro con interés apasionado, lo que no debe extrañarnos. Y cuando aparezca en otros idiomas, es indudable que seguirá conquistando al público, más que nada por la naturaleza actual de los asuntos que trata.

Gustavo Amigó Jansen, S. J.